

Presentación de la asignatura

Los orígenes de la Orden de Predicadores

Dr. Vito Tomás Gómez García, O.P.

La temática que abarca esta asignatura arranca de la que se ha desarrollado en la primera parte, titulada «Santo Domingo de Guzmán antes de la Orden», cuyo estudio se ha llevado hasta el momento en que San Domingo, tras desempeñar tareas de responsabilidad de primer orden en la diócesis de Carcasona, donde transcurrió de manera habitual en parte de los años 1213 y 1214, se dirigió hacia la capital de la diócesis de Tolosa, a mediados de este último año.

Su vida, entregada por completo a la mayor gloria de Dios y servicio de su Iglesia, no estuvo guiada por objetivos o metas personales a conseguir. Se dejó llevar por la providencia, que le fue mostrando sus caminos. Aunque misteriosos, los siguió fielmente. Para ello y hasta el 30 de diciembre de 1207 tuvo una muy valiosa mediación en el obispo de Osma Diego de Acebes. Fue él quien lo buscó en Palencia para que pusiera al servicio de la Iglesia particular oxomense sus jóvenes energías, su envidiable formación doctrinal y, sobre todo, sus ideales religiosos en sintonía con los movimientos de vida evangélica y apostólica de su tiempo. En el culto divino, la oración personal, el estudio y la vida común se desarrollaron sus extraordinarias dotes para la convivencia entre hermanos ganados para la imitación de los apóstoles, guiados de inmediato por su obispo en quien veían representado a Cristo.

Pero algunas circunstancias que podrían parecer banales le abrieron a horizontes insospechados, mucho más allá de campos conocidos de predicación que podía abarcar

desde la vida contemplativa dentro del claustro, o de afianzamiento en la fe de antiguos mozárabes y mudéjares, o de entrega a la siembra del Evangelio en las nuevas fronteras que establecieron hacia el sur de España las luchas de reconquista. De labios del arzobispo de Lund, hoy al sur de Suecia y entonces bajo el rey de Dinamarca Valdemaro II, supo de la existencia de poblaciones todavía paganas en tierras completamente al norte de Europa, en Estonia y Letonia, principalmente. Pero no solo recibió noticias sobre el particular, sino que, como a su obispo, le entusiasmó el plan ya existente de misión y la posibilidad de enrolarse como misionero. La misión «ad gentes» atrajo de manera irresistible durante su vida al Padre de los Predicadores.

Su espíritu eclesial se robusteció y orientó en su primera e inolvidable peregrinación a Roma, donde pudo celebrar la Navidad de 1205, junto al Papa Inocencio III, al que conoció personalmente y con el que se sentía hermanado, no solo por la sólida formación eclesial recibida por ambos, sino también por el hondo reclamo a servir a la Iglesia sin condiciones. La preocupación del Papa por el mundo de la herejía, que tantas tierras tenía conquistadas en Europa, se afianzó con facilidad al alma generosa de Domingo, porque la llevaba clavada desde el primer día en que llegó a Tolosa hacía ya más de dos años.

El largo tiempo en medio del mundo cátaro, a partir de 1206, el amor sincero y compasivo hacia todas aquellas gentes, el apoyo de Diego de Acebes, admirado y querido incluso por los herejes, la fraternidad que le brindaron los cistercienses, los constantes trabajos y pruebas, contribuyeron a forjar en Domingo un temple de la mejor ley en la imitación de los Apóstoles del Señor. Es verdad que en su entorno más inmediato cundía el desaliento. Contemporáneos suyos escribieron más de una vez que el trabajo de los católicos en el Languedoc arrojaba un balance nulo o muy exiguo. Pero él escuchaba la voz del Espíritu que le hablaba al corazón. No perdía el entusiasmo, ni la alegría, tan necesaria para arrojar la semilla de la Palabra de Dios.

Es seguro que el último plan de Diego de Acebes, claramente manifestado en la controversia del castillo de Pamiers, en septiembre de 1207, era el de crear un cuerpo nuevo de misioneros para la región, así como apoyar hasta donde se pudiera a los ya comprometidos. La mayoría de estos últimos, sin embargo, eran abades o monjes cistercienses, necesarios en sus abadías. Su campaña misionera forzosamente tenía que ser muy temporal. Para el nuevo equipo diseñado por Diego estaba ya dispuesto Arnaldo de Crampagna, que se entregó en persona en sus manos, tras abandonar a los valdenses. Arnaldo, sin embargo, por el 1233-1234 permanecía todavía por Pamiers, formando parte del cabildo regular de San Antonino o San Antolín.

Santo Domingo sometía los asuntos de importancia a madura deliberación y, cuando estaba seguro de que se trataba de algo que había que realizarlo en conformidad con la voluntad divina, lo llevaba hacia adelante resuelto y prácticamente sin que pudieran frenarlo. Sin duda que la estancia en Carcasona, en 1213 y 1214, fue para él de asidua oración, intensa meditación e infatigable predicación por todos los medios. La guerra de cruzada seguía y él sufría por las secuelas de todo tipo, consecuencias del asalto de los cruzados en agosto de 1209. No solo sufrieron las piedras, los edificios, las industrias artesanales sino, sobre todo, las personas, las familias, los niños, los ancianos y jóvenes. La sangre de los cátaros corrió mezclada con la de los católicos, sin escrúpulo de los asaltantes, *¡porque en el más allá Dios reconocería plenamente a los que eran suyos!* A Domingo, pasado el tiempo y en funciones de obispo en aquellos meses de 1213 y 1214, le correspondió realizar una obra de reconstrucción en el interior de las almas. Experimentó vivamente la animadversión, pero no hasta el punto de hacerle abandonar su *lucha en favor de la fe y de la paz*. Era lo suyo. Carcasona pasó a ser la ciudad de sus preferencias para vivir, porque en ella podía corresponder con amor de misericordia hacia todos los habitantes.

Aunque no dejó de prestar auxilio a su obra que continuaba el camino en Prulla, distante unos 20 km de Carcasona, liberado ya de su misión en esta última ciudad con la vuelta del obispo, no fijó su residencia en la sede tan querida por él de la «Santa Predicación», sino que se fue a la sede episcopal de Tolosa. Sin duda era Fulco quien lo esperaba. Domingo llevaba el proyecto de iniciar algo nuevo: la fundación de una casa religiosa propiamente tal al servicio de la evangelización en la región tolosana. El plan fue tomando cuerpo en la segunda parte del 1214.

La asignatura, en consecuencia, se propone desarrollar la trayectoria vital de Santo Domingo empeñado en la fundación, aprobación y confirmación de la Orden. De esto último se ha celebrado ya por el mundo entero el VIII Centenario. Vendrá después su animación de esta planta naciente en la Iglesia. Finalmente, se tratará de la muerte y canonización. Por entonces era ya más que evidente la promesa que hizo en sus últimos días y que ha querido recoger el moderno *Catecismo de la Iglesia Católica*, a saber, que sería más útil su aportación a la obra del anuncio del Evangelio tras su fallecimiento de que pudo serlo mientras vivió en este mundo.

La asignatura seguirá los pasos de la Orden de Predicadores a lo largo del siglo XIII, siempre en medio de la Iglesia y con el desafío irrenunciable de no apartar la mirada de Domingo.

En buena medida, las fuentes y bibliografía presentadas en la asignatura de la que esta es continuadora, sirven ahora en líneas generales. Se remite también a la ambientación general ofrecida en el Tema 2 de la aludida asignatura. Las fuentes y

bibliografía específica para el presente estudio se ofrecerán oportunamente, aunque de manera sucinta en los diversos Temas.

Temas del programa para su estudio:

- Tema 1. Fundación y Confirmación de la Orden (1215-1217).
- Tema 2. Consolidación de la Orden naciente (1217-1219).
- Tema 3. Capítulos generales y fundación de San Sixto (1219-1221).
- Tema 4. Muerte y Canonización (1221-1234).
- Tema 5. Servicio al carisma de los Maestros Jordán de Sajonia y Raimundo de Peñafort (1222-1275).
- Tema 6. El estudio como alimento de vida y misión: San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino.
- Tema 7.- Los capítulos generales como intento de avivar la llama del carisma.